



DOSSIER

ESPAÑA Y MARRUECOS: DEL DESASTRE DE ANNUAL A LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA (1921-1930)

IMAGINARIOS Y CONMEMORACIÓN DEL FIN DEL 'PROBLEMA' DE MARRUECOS DURANTE LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA

Visions and commemoration of the end of the 'problem' in Morocco during the
Primo de Rivera dictatorship

Alfonso Iglesias Amorín

Universidade de Santiago de Compostela

alfonso.iglesias@usc.es

<https://orcid.org/0000-0002-4579-767X>

Recibido: 20-04-2021 - Aceptado: 26-07-2021

Cómo citar este artículo/Citation:

Alfonso Iglesias Amorín, "Imaginarios y conmemoración del fin del 'problema' de Marruecos durante la dictadura de Primo de Rivera", *Hispania Nova*, 20 (2022): 857 a 888.

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2022.6479>

Copyright: © HISPANIA NOVA es una revista debidamente registrada, con ISSN 1138-7319 y Depósito Legal M 9472-1998. Los textos publicados están –si no se indica lo contrario– bajo una licencia [Reconocimiento-Sin obras derivadas 3.0 España](https://creativecommons.org/licenses/by-nd/3.0/es/deed.es) de Creative Commons. Puede copiarlos, distribuirlos y comunicarlos públicamente siempre que cite su autor y la revista y la institución que los publica y no haga con ellos obras derivadas. La licencia completa se puede consultar en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nd/3.0/es/deed.es>

Resumen: Resulta difícil comprender el régimen instaurado en España en 1923 sin tener en cuenta el protectorado de Marruecos. La dictadura fue en parte consecuencia del desastre de Annual, y solucionar el "problema de Marruecos" uno de sus grandes objetivos. El haberlo conseguido tras el desembarco de Alhucemas llevó al régimen a convertir lo que entonces se denominó como "pacificación" en un mérito portentoso, utilizado para legitimar la dictadura y a su líder. Por ello, la conmemoración relativa a la guerra de Marruecos fue un elemento central de la propaganda primorriverista. Destacaron la realización de homenajes y la concesión de méritos a los protagonistas, así como un control de los productos culturales a través de la propaganda y

censura, que aseguraron la adaptación de éstas al discurso oficial del régimen. Precisamente el análisis de este discurso interesado resulta de gran interés para conocer la orientación del régimen y la construcción de una determinada memoria de las campañas marroquíes.

Palabras clave: Guerra del Rif, Dictadura de Primo de Rivera, desembarco de Alhucemas, Protectorado de Marruecos, propaganda, censura, conmemoración.

Abstract: It is hard to understand the regime established in Spain in 1923 without bearing in mind the protectorate of Morocco. The dictatorship was partly a consequence of the Annual disaster, and solving the "Morocco problem" was one of its great goals. Having achieved this after the landing of Alhucemas led the regime to turn what was then called "pacification" into a prodigious merit, used to legitimize the dictatorship and its leader. For this reason, the commemoration of the war in Morocco was a key element of Primo Riverist propaganda. In this sense, the realization of tributes and the granting of merits to the protagonists stood out, as well as a control of the

cultural products through propaganda and censorship, which ensured the adaptation of these to the official discourse of the regime. Precisely the analysis of this biased discourse is of great interest to know the orientation of the regime and the construction of a certain memory of the Moroccan campaigns

Keywords: Rif War, Dictatorship of Primo de Rivera, Alhucemas landing, Protectorate of Morocco, propaganda, censorship, commemoration.

INTRODUCCIÓN. MARRUECOS Y LA DICTADURA DE PRIMO

El 13 de septiembre de 1923 el Capitán General de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, encabezaba un golpe de Estado que ponía fin al herido régimen político de la Restauración. Solo un año después de la Marcha sobre Roma de Mussolini, España se incorporaba a la sucesión de regímenes autoritarios que caracterizó la Europa de Entreguerras. Entre los diferentes motivos que explican el golpe, Marruecos fue uno de los más evidentes, con el desastre de Annual como chispa que, dos años después, terminó de quemar la mecha que hizo saltar por los aires al sistema¹. Se convirtieron en proféticas las palabras de José Ortega y Gasset, que en *España invertebrada* había señalado el peligro de un golpe de Estado ante la situación del Ejército:

*¿No era la inevitable consecuencia de todo este proceso que el ejército cayese sobre la nación misma y aspirase a conquistarla?
¿Cómo evitar que su afán de campañas quedara reprimido y*

¹ De forma unánime la historiografía reconoce la importancia del Desastre de Annual (que se saldó con la muerte de cerca de 10.000 soldados y la pérdida de casi toda la Comandancia de Melilla en el verano de 1921) en la caída de la Restauración, y numerosos autores lo consideran la causa principal, como Pablo La Porte o Susana Sueiro: Pablo La Porte, *La atracción del imán. El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)*. (Madrid: Biblioteca Nueva, 2001): p. 24. Otro tema que a menudo se equipara al de Marruecos es el del orden público en Barcelona, simbolizado en los incidentes de la Diada el 11 de septiembre, en la que se dieron vivas a la República del Rif, y se arrastró una bandera española.

*renunciase a tomar algún presidente del consejo como si fuese una cota?*²

No obstante, en el golpe tuvieron poco peso los militares conocidos como los africanistas, y de hecho Miguel Primo de Rivera había evidenciado más de una vez un cierto abandonismo, con declaraciones en las que demostraba un escaso interés por el mantenimiento del Protectorado de Marruecos. Aunque en el manifiesto de su golpe el general había señalado como prioritario el buscar una solución "pronta, digna y sensata al problema de Marruecos", sus viejas declaraciones presagiaban una posible apuesta por el fin de la ocupación y la continuación de las comisiones de responsabilidad derivadas del desastre de Annual³. La sombra de lo primero se mantuvo hasta 1925, pero lo segundo se disipó muy pronto, con la paralización de todas las comisiones y la carga sobre la política de la Restauración de las culpas por lo sucedido, dejando al Ejército en un papel de víctima y no de culpable.

El pensamiento de Primo de Rivera generó tensión con los militares africanistas, manifestada por ejemplo en los duros artículos de estos últimos en la *Revista de Tropas Coloniales*, muy críticos con la política que se estaba siguiendo en Marruecos⁴. Según diversos testimonios esta tensión llegó a su cima en julio de 1924 en el cuartel avanzado de la Legión y los Regulares en Ben Tieb. Tras unas declaraciones abandonistas de Primo de Rivera y una posterior discusión, el teniente coronel Franco y los coroneles Pareja y Varela presentaron su dimisión, aunque en una reunión posterior la situación se tranquilizó y terminaron manteniéndose en sus puestos⁵.

² José Ortega y Gasset, *España invertebrada*. (Madrid: Espasa-Calpe, 1972 [original de 1921]), p. 75.

³ Primo había sido destituido como comandante militar de Cádiz en mayo de 1917, por señalar que España debía intentar cambiar la mayor parte del Protectorado por Gibraltar; y nuevamente en noviembre de 1921 como capitán general de Madrid por decir que creía "desde un punto de vista estratégico, que un solo soldado más allá del Estrecho es perjudicial para España: Vid. Stanley Payne, *Los militares y la política española contemporánea*. (París: Ruedo Ibérico, 1968), pp. 104 y 152 ó José Luis Vila San Juan, *La vida cotidiana en España durante la dictadura de Primo de Rivera*. (Barcelona: Argos Vergara, 1984), p. 189.

⁴ Vid. Francisco Franco, "Pasividad e inacción", *Revista de Tropas Coloniales*, 4 (abril de 1924).

⁵ En la primera visita de Primo a Ben Tieb hubo un presunto menú a base de huevos que fue desmentido por varios autores, y por el propio Franco: Vid. Ricardo de la Cierva, "Una página histórica", *ABC*, 1-IV-1973, pp. 145-147. En cuanto al resultado de los hechos, las variadas visiones van desde Tomás García Figueras, quien señaló que gracias a los africanistas el repliegue no afectó a la parte oriental; hasta Antonio Cordón, quien señaló que la mayor parte de sus compañeros artilleros consideraban sensato el

En lo estrictamente militar, Primo asumió el liderazgo del Ejército de África como Alto Comisario en octubre de 1924, en una situación muy precaria especialmente en la zona occidental del Protectorado, donde la República del Rif estaba comprometiendo la seguridad de ciudades como Xauen, Larache o incluso Tetuán. Su desempeño al respecto se dividió en dos fases muy claras: una costosa retirada frente a la República rifeña de Abd el-Krim, llevada a cabo en los meses finales de 1924, y una ofensiva en 1925, contando con la colaboración francesa, cuyo protectorado también había sido atacado, y que dio comienzo con el decisivo Desembarco de Alhucemas. Tuvo lugar el 8 de septiembre de 1925 y fue el primer desembarco aeronaval de la historia. La intervención de más de 13.000 soldados permitió romper el Estado rifeño de Abd El-Krim desde su centro, y en menos de un mes ya había caído Axdir, la capital y cuartel general del líder de la cabila de Beni Urriaguel, lo que supuso un durísimo golpe para su proyecto⁶. A pesar de este éxito, a finales de 1925 seguían insumisas la mayoría de las cabilas del Protectorado español. Las operaciones para lograr someterlas, lo que la Dictadura denominó como la “pacificación”, se extendió hasta 1927. No solo se ocuparon todas las cabilas del Protectorado, sino que además fueron desarmadas y organizadas con mandos indígenas dirigidos por los interventores militares españoles. Con ello España consolidó su dominio y ya no se volvieron a producir levantamientos de entidad hasta el final del Protectorado en 1956.

Esta guerra fue transmitida a la sociedad española a través de muchas vías, y la mayoría tuvieron en común la intromisión del propio régimen, interesado en que las visiones mostradas no se opusiesen a sus intereses, por lo que desplegó una serie de mecanismos que funcionaron con una eficacia inaudita hasta entonces en la historia de España. En este artículo analizaremos diferentes vías a través de las cuales la guerra se representó a la población, condicionando su percepción y favoreciendo la configuración de una determinada memoria colectiva. Al mismo tiempo, analizaremos la continua influencia de las autoridades en el proceso, a través de mecanismos como la propaganda y la censura, que contribuyeron a que el recuerdo de las campañas tuviese unas

plan de repliegue, y que Franco debía haber sido destituido ya entonces por sus palabras de clara insubordinación. Vid. Antonio Cordon, *Trayectoria (Recuerdos de un artillero)*. (París: Colección Ebro, 1971), p. 127.

⁶ Pese a la derrota, Abd El-Krim se sostuvo en la lucha hasta 1926, cuando decidió entregarse a los franceses.

determinadas características. En nuestro análisis empleamos con frecuencia el concepto de memoria colectiva, acuñado por el sociólogo Maurice Halbwachs⁷, como la capacidad para retener y recordar el pasado de un grupo de individuos, y consideramos a esta memoria colectiva como un discurso socialmente construido, que está condicionado por las estructuras políticas, sociales y económicas, y del que la conmemoración sería la representación práctica⁸. También utilizamos desde el título el término “imaginario”, entendiéndolo como el conjunto de imágenes o elementos simbólicos de una colectividad sobre un determinado tema.

Muy vinculado a esa atención por mecanismos como la propaganda y la censura, un objeto importante en este estudio será la “memoria oficial”, teorizada por autores como Paul Ricoeur o Tzvetan Todorov, que han destacado la importancia de los “usos y abusos” de la memoria por parte del poder⁹, materializados en gobiernos convertidos en máquinas de memoria o de olvido institucionalizado¹⁰. En este sentido, la dictadura de Primo, como fue habitual en los autoritarismos de entreguerras, potenció estos mecanismos hasta un punto que hasta el momento España no había visto, y ese será uno de los aspectos a los que dedicaremos más atención, permitiéndonos comprender cómo el contexto condiciona los recuerdos y por qué hay tantas diferencias en la forma de recordar unos hechos históricos en relación con otros.

Entre los ejemplos de esta forma de percibir unos hechos que estaban muy recientes y de los que se construía una memoria prestaremos especial atención a los héroes, a personas cuyas acciones se ensalzaron con objetivos determinados, y cuya demostración práctica fue la erección de monumentos en su honor o la concesión de títulos, ascensos o condecoraciones, que no dejan de ser en buena medida recompensas con un valor memorístico claro. Por otra parte, emplearemos como fuentes privilegiadas

⁷ Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*. (Zaragoza: Pressas Universitarias de Zaragoza, 2004 [original de 1950]).

⁸ Daniel J. Sherman, “Art, commerce, and the production of memory in France after World War”, en John R. Gillis (coord.), *Conmemorations: The Politics of National Identity* (New Jersey: Princetown University, 1994), p. 186.

⁹ Tzvetan Todorov, *Memoria del mal, tentación del bien: Indagación sobre el siglo XX* (Barcelona, Península, Barcelona, 2002); Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004 [original en francés de 2000]).

¹⁰ Josefina Cuesta, *La odisea de la memoria: Historia de la memoria en España. Siglo XX* (Madrid: Alianza, 2008), p.42.

manifestaciones culturales como la literatura, el cine o la fotografía, por la importancia que tuvieron para la construcción de los imaginarios sociales y de la memoria colectiva, y por lo mucho que se vieron afectadas por el control de las autoridades.

CONTROL, PROPAGANDA Y CENSURA, CLAVES EN LA MEMORIA

La movilización social contra la guerra de Marruecos, tan intensa en otras etapas, quedó reducida al mínimo durante la Dictadura. El férreo control de los medios de comunicación o de la educación, así como la represión de cualquier tipo de manifestación opuesta a los intereses del Gobierno, impidieron difundir abiertamente entre la opinión pública los aspectos negativos de la campaña en Marruecos, y por supuesto salir a la calle a protestar contra ella. De este modo, el que había sido uno de los grandes caballos de batalla del movimiento obrero durante más de una década, iba a perder su valor como elemento de oposición y de atraer adeptos a diferentes causas ideológicas apelando a sentimientos como el antibelicismo. El *abandonismo* respecto a Marruecos siguió muy presente en la sociedad española, sobre todo mientras duraba la guerra, pero su presencia pública fue muy reducida, y el fin de las campañas militares iba a terminar por desactivar el potencial movilizador del tema.

Al mismo tiempo que se ponía freno a la movilización de movimientos como el obrero o el separatista, la Dictadura intentó crear, desde arriba, una nueva identidad nacional española de corte autoritario¹¹. Para ello se necesitaba conseguir el apoyo de las masas al proyecto nacionalista y tradicionalista del directorio, y ahí va a tener un papel importante ese adoctrinamiento a través de medios como la educación, la propaganda o la movilización popular. La influencia de la Italia de Mussolini, por la que Primo de Rivera profesaba no poca admiración, fue notable en este sentido, aunque el éxito conseguido resultó mucho menor. Entre los elementos aplicados con más éxito estuvo la censura, que se convirtió en algo estructural gracias a la Oficina de

¹¹ Alejandro Quiroga Fernández De Soto, *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*. (Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008), p. 3.

Información y Censura, con la que se pudo silenciar la crítica política y amordazar a la prensa, que si se publicaba por los cauces legales no podía hacer crítica política abiertamente.

La censura no afectó solo a la prensa, pero esta había demostrado una especial capacidad de movilización, y buena parte de los periódicos durante la Restauración habían potenciado el antibelicismo con sus visiones dramáticas de la guerra. Bajo el nuevo régimen, sin embargo, los periódicos podían poco más que utilizar las "notas oficiosas" que proporcionaba el régimen para relatar lo que sucedía en campaña, lo que homogeneizó mucho los contenidos. Las noticias eran ahora siempre muy favorables al esfuerzo militar, y muy optimistas, incluso respecto a operaciones muy complicadas. El procedimiento de las notas oficiosas, que lo podríamos considerar más bien propaganda, se completaba con la censura propiamente dicha, que a menudo borraba y modificaba los contenidos. A pesar de la situación siguió habiendo corresponsales de guerra, algunos tan influyentes como Rafael López Rienda, de *El Sol*, o Gregorio Corronchano, de *ABC*, pero se vieron obligados a publicar crónicas meramente descriptivas, omitiendo las valoraciones negativas que los habían caracterizado con anterioridad¹². También fueron poco habituales los artículos de opinión críticos con la política en Marruecos, algo que contrastaba claramente con los últimos años de la Restauración.

Los periódicos españoles protestaron amargamente por esta situación, pero ello no ablandó a Primo de Rivera y la censura de publicaciones continuó durante toda la Dictadura, que sería una época desfavorable para el sector, como demuestran los numerosos cierres¹³, manifestación de una crisis que fue especialmente dura para los periódicos políticos¹⁴. En general, desde el Ejército se tenía una mala opinión de la mayor parte de la prensa, a la que se acusaba de propagar ideas antibelicistas y revolucionarias, y además Primo de Rivera no estaba satisfecho por una cobertura

¹² Las crónicas de López Rienda estaban "autorizadas por la censura de Tetuán", y a ello se sumaba la censura del propio periódico. Sin embargo, su obra *Del Uarga a Alhucemas* pudo ser más explícita, y por ejemplo la desbandada a Zoco el Arbaa del 19 de noviembre de 1924 no apareció tan suavizada como en la prensa. Para un buen ejemplo de mutilación de crónicas por la censura Vid. Lezama, en *El Adelanto*, 27-IX-1925. Cit. en María Gajate, *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa (1906-1927)*. (Madrid, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-UNED, 2012), p. 456.

¹³ Vid. Fernando Soldevilla, *El Año político*, 1924, pp. 388-392.

¹⁴ María Gajate, *Las campañas de Marruecos...*, *op. cit.*, p. 93.

informativa que en muchos momentos le parecía escasa. Algo normal teniendo en cuenta su deseo de aprovechar la guerra propagandísticamente.

El propio desembarco de Alhucemas ya se diseñó como una gran operación de propaganda. Al margen del evidente éxito militar, su extraordinaria cobertura mediática no fue casual, y el seguimiento de esos días en la prensa española, que fue extraordinario, estuvo controlado por las autoridades, asegurándose de que cada paso fuese exaltado hasta la saciedad. La operación militar estaba sirviendo ya entonces para fomentar el patriotismo español y ensalzar la labor de la Dictadura. Las crónicas periodísticas eran revisadas por la censura¹⁵, y además en una operación que estaba yendo bien la preocupación porque se vertieran críticas era menor. El discurso utilizado fue, en general, rimbombante y fastuosos, algo a lo que contribuyó el propio Primo de Rivera, que dos días antes del desembarco se refería a sus soldados como “legítimos descendientes de los heroicos del Gran Capitán”, y aseguraba que el ejército que formaban estaba destinado “a reverdecer las glorias de los antepasados”¹⁶. Los recursos a la mística imperial fueron constantes, y la Legión volvió a ser el cuerpo que más atención concitó entre la sociedad española.

Al margen del propio desembarco, el episodio más ensalzado fue la ocupación de Axdir, el centro del poder de Abd El-Krim, tras la cual se generalizó la idea de que la victoria ya solo era cuestión de tiempo¹⁷. La ocupación de la capital del Rif, famosa en España porque en ella habían estado cautivos los prisioneros del desastre de Annual durante año y medio, llevó a la aparición de muestras visibles de entusiasmo patriótico que parecían cosa de otro tiempo, pero que volvieron con fuerza. Narraciones sobre la alegría desbordante en las calles, balcones engalanados, bandas de música, fuegos artificiales o repiques de campanas llenaron unos periódicos que se sumaron al entusiasmo. La Unión Patriótica, el partido único de la Dictadura, organizó muchas de estas manifestaciones de júbilo que recorrieron las calles del país al son de la Marcha

¹⁵ En *La Correspondencia Militar* se señalaba que se habían dado grandes facilidades a los periodistas. El corresponsal del periódico, Mariscal, señalaba que con él iban Leopoldo Bejarano (*El Liberal*), Ruiz Albéniz y Fernández Castro (*Informaciones*), Lezama (*La Libertad*), De Miguel (*La Voz*) o el conocido fotógrafo Alfonso, además de varios “periodistas locales y de provincias”: Mariscal, “Diario de un corresponsal de guerra”, en *La Correspondencia Militar*, 8-IX.1925, p. 6.

¹⁶ Fernando Soldevilla, Fernando: *El Año político*, 1925, p. 315.

¹⁷ Vid. por ejemplo *El Globo*, 5-X-1925, p. 1; o “La toma de Axdir”, en *La Vanguardia*, 4-X-1925, p. 7.

Real¹⁸. Además, los soldados repatriados fueron recibidos como héroes y hubo numerosos desfiles, destacando el que presidió Alfonso XIII en Madrid ante múltiples autoridades militares, civiles y religiosas.

Si la ocupación de la capital de Abd El-Krim generó una gran expectación, mucho menos ensalzada fue su rendición, por haberse entregado éste a los franceses. Se recibió con gran alegría, pero apenas hubo celebraciones como las vinculadas a otros episodios, y el no conseguir su extradición sería un fracaso para la Dictadura, que terminaría mirando hacia otro lado. El último gran éxito aprovechado propagandísticamente tuvo lugar en julio de 1927, cuando el Alto Comisario, entonces José Sanjurjo, anunció desde Bab Taza “el fin de la pacificación”. Además de enfatizar los más de 40.000 fusiles que habían recogido en el desarme de las cabilas, exaltó intensamente a sus soldados:

*Merecéis bien de la Patria y vuestro general en su representación os lo dice; los que en breve plazo regreséis a vuestros hogares podréis recibir con la frente alta el beso de vuestras madres, que en él pondrán no sólo el cariño de madre, sino el orgullo de española, al abrazar a un hijo que cumplió su deber*¹⁹.

Al día siguiente, el 11 de julio, el Gobierno señalaba que la guerra estaba “virtualmente” terminada y se iba a licenciar la quinta de 1924²⁰. Pese a que suponía oficializar el fin de casi dos décadas de guerra, la acogida fue muy fría, y la noticia no generó mucho interés ni ocupó mucho espacio en los periódicos.

Un aspecto interesante al analizar la exaltación que se hizo de las victorias es el de cómo se tuvo en cuenta la entidad del enemigo. Esto no era algo muy habitual en las campañas coloniales, en las que, aunque se reconociesen ciertas virtudes al enemigo, este tenía que ser muy inferior por definición. Sin embargo, en este caso el desastre de Annual y la fortaleza demostrada por la República del Rif, incluso contra los franceses,

¹⁸ Para una descripción de muchas de estas manifestaciones Vid. “Manifestaciones patrióticas en provincias”, en *ABC*, 4-X-1925, pp. 18-20.

¹⁹ Cit. en Manuel Goded, *Marruecos. Las etapas de la pacificación*. (Madrid: Compañía Ibero-americana de publicaciones, 1932), p. 435. Sobre el tema de los fusiles, Goded señala que la cifra llegó a los 60.000, aunque algunos autores la elevasen hasta los 100.000. Vid. Manuel Goded, *Marruecos, op. cit.*, p. 103.

²⁰ *ABC*, 11-VII-1927, p. 15.

le habían convertido en un enemigo formidable. En palabras del general Manuel Goded, la eficaz organización del enemigo le había dado a la campaña “sabor a guerra europea”²¹.

MEMORIA SELECTIVA Y CONTROLADA

Una de las primeras actuaciones del directorio militar fue paralizar las comisiones de responsabilidades que habían creado los últimos gobiernos de la Restauración sobre el desastre de Annual. La apuesta por el olvido de lo sucedido, así como por la impunidad del Ejército, llevó a amnistiar a varios oficiales que habían sido separados del servicio²². Si alguien tenía que cargar con la culpa por la debacle de 1921 eran los políticos, que de hecho habían pagado con su “apartamiento total”, como señalaba el manifiesto de Primo que acompañó el golpe de Estado en septiembre de 1923.

Aquí ya tenemos un claro ejemplo de la importancia del olvido en las políticas de memoria de la dictadura de Primo de Rivera, algo también perceptible en los años siguientes, en los que se eliminó del discurso oficial todo lo que pudiese ser problemático, dejando solo lo que interesaba dejar. El mejor ejemplo lo tenemos en la forma en la que la Dictadura trató la durísima retirada de los meses finales de 1924. Este episodio, conocido habitualmente en la historiografía como la “retirada de Xauen”, ha generado una notable controversia, aún vigente, entre los que consideran que fue un desastre, comparable incluso al de Annual, y los que ven en ella una eficaz retirada táctica que permitió que el Ejército español se reagrupara y consolidar el despliegue.

Aunque la operación completó sus objetivos, los datos de la misma son muy elocuentes, y demuestran que, al margen de que la utilización del término “desastre” pueda depender más de cómo éste se defina, la operación tuvo un coste terrible y dramático para el Ejército de África. Varios miles de muertos²³, cerca de 300 posiciones

²¹ Manuel Goded, *Marruecos*, *op. cit.*, p. 205.

²² Navarro, Cavalcanti, Araújo, Berenguer, Lacanal y Tuero.

²³ Las cifras oscilan desde los 1.500 muertos que señala Fernández Riera: Vicente Fernández Riera, *Xauen 1924. La campaña que evitó un nuevo Annual*. (Madrid: Almena, 2013) a las 16.000 bajas de las que habló el general López Ochoa: López de Ochoa, Eduardo, *De la Dictadura a la República*. (Madrid: Ed. Zeus, 1930), pp. 57-59. La primera parece demasiado optimista y la segunda exagerada, pero parece

abandonadas, escenas de pánico y desbandadas, muchos cadáveres dejados en el campo de batalla²⁴ o más de 600 prisioneros capturados por los rifeños²⁵ son aspectos más que suficientes para entender la magnitud del revés. El general Despujols anunció investigaciones de posibles negligencias, pero éstas nunca se llevaron a cabo²⁶, por lo que no hubo un informe de responsabilidades como el de 1921. En general, el trato tan favorable que se dio a las operaciones en la prensa y otros medios de comunicación impidió que ni en su momento ni en los años siguientes se pudiese forjar una memoria trágica de lo sucedido, y aún en la actualidad es muy fácil comprobar que estas operaciones son claramente minusvaloradas²⁷. Solo hay que comparar la diferencia del impacto social, memorístico o historiográfico entre los prisioneros de 1921 y los de 1924 para comprobar esta diferencia en el tratamiento.

Aunque la censura había sido un recurso habitual durante toda la Guerra del Rif, en la Dictadura alcanzó un nivel superior, sin el cual no se puede entender que el régimen fuera capaz de imponer una visión tan favorable de las operaciones. Ya no es solo que las “notas oficiosas” hubiesen sido la principal fuente de información, casi la única, sino que además se prohibían las noticias que las contradijeran o que pudiesen producir alarma, como las vinculadas a escenas de pánico de las que algunos periodistas habían sido testigos. Los periódicos más críticos con las campañas, como *El Socialista*, apenas trataron el tema por no querer compartir el optimismo oficial, y aun así fueron habituales las columnas en blanco que demostraban el papel de la censura.

evidente que murieron varios miles de soldados españoles, aunque la ausencia de datos oficiales fiables como los de Annual hace muy complicado el análisis de las estimaciones.

²⁴ Muchos de ellos no se pudieron recuperar hasta años después, y en 1926 seguían apareciendo. Por ejemplo, el del teniente del Tercio Francisco Aguirre Ibeas, encontrado cerca de Xauen en agosto de 1926 y llevado a Ceuta para recibir sepultura: “La columna del comandante Capaz ha ocupado esta mañana la ciudad de Xauen”, en *Heraldo de Madrid*, 10-VIII-1926, p. 3.

²⁵ Fernández Riera afirma que llegaron a ser unos 600, como en una ocasión manifestó el propio Primo de Rivera: Fernández Riera, Vicente, *Xauen 1924, op. cit.* pp. 244-245. Susana Sueiro, por su parte, señaló que llegaron a ser 658, de los que solo se liberaron 140 tras la derrota de la República del Rif: Susana Sueiro, *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la “Cuestión Marroquí”*, 1923-1930. (Madrid: UNED, 1992), p. 324.

²⁶ Ignacio Hidalgo de Cisneros, *Cambio de rumbo*, tomo 1 (Bucarest: s/n, 1961), p. 309.

²⁷ Es muy evidente en libros como el *Atlas Ilustrado de las Guerras de Marruecos*, de Emilio Marín Ferrer, que dedica muchas páginas al Barranco del Lobo y a Annual, pero liquida en un par de párrafos los hechos de 1924: Emilio Marín Ferrer, *Atlas ilustrado de las guerras de Marruecos (1859-1926)*. (Madrid: Susaeta, 2012), p. 207. También un elemento clave en la divulgación de contenidos históricos como es la Wikipedia recoge estas operaciones con una entrada cinco veces menor que la del Desastre del Barranco del Lobo [consultadas el 06/03/2021].

La evacuación de Xauen, que no dejaba de ser un duro golpe para el proyecto español en el Protectorado, se transmitió a la población como un gran éxito. En el periódico conservador *La Época* se podía leer que el marqués de Magaz había anunciado con una sonrisa que el “repliegue” se había realizado “con toda felicidad”, o que el general Villaespinosa había hablado de más de 180 posiciones “ahorradas” y se había referido a la operación como “marcha retrógrada”, términos que podemos considerar como eufemismos²⁸. Además, la exaltación de las operaciones las hacía aparecer como “felices”, “heroicas” o “brillantes” y con pocas bajas, aunque casi siempre se omitían las cifras. Un buen ejemplo de este discurso del heroísmo lo podemos ver en el relato del periódico *La Unión Ilustrada* sobre la resistencia de la posición de Cobba D’Arsáa, que soportó un asedio de una semana antes de ser liberada el 6 de julio de 1924, unos meses antes de la retirada de Xauen:

Un serio intento de rebelión rifeña se ha registrado en la zona occidental, dando motivo a que la pericia del mando y la bravura de nuestras tropas [...] escriban una epopeya brillante y proporcionen un día más de gloria a España y a su Ejército. Durante los días que duró el asedio de la numerosa harka, los heroicos defensores de Cobba-Darsa mantuvieron estoicismo incomparable. Aquel puñado de valientes [...] Se han hecho acreedores al agradecimiento de la Patria²⁹.

En todos estos meses tan complicados Primo de Rivera solo reconoció un revés, el de Xeruta el 19 de noviembre, que achacó a la tormenta y que ha sido casi totalmente ignorado por la historiografía española, en consonancia con el ocultamiento que hizo la Dictadura, y que contrasta con el valor que se le dio en Marruecos³⁰. No obstante, a pesar de todo lo señalado, entre sectores del Ejército se veía la situación al revés, y que los medios de comunicación se interesaban más por las derrotas que por las victorias. Así lo señala Emilio Mola en su obra *Dar Akobba* (1924) en la que destacaba la defensa de esa posición, y afirmaba que era un episodio poco conocido por haber terminado bien, pues si hubiese acabado en tragedia sería tan famoso como el Barranco del Lobo o

²⁸ “La evacuación del sector de Xauen”, en *La Época*, 17-XI-1924, p. 1.

²⁹ “La gloriosa epopeya de Cobba-Darsa”, en *La Unión Ilustrada*, 20-VII-1924, p. 27.

³⁰ Autores marroquíes lo han catalogado como el enfrentamiento más importante de las guerras de esos años. Vid. Mohammad Azzuz Hakim, *La actitud de los moros ante el Alzamiento. Marruecos 1936*. (Málaga, Algazara, 1997), p. 12.

Monte Arruit³¹. Para los africanistas, la mayoría de la prensa torpedeaba la acción española en Marruecos, y ni siquiera la reproducción de las notas oficiosas les parecía suficiente.

Entre los elementos que cayeron totalmente del lado del olvido también podemos señalar diversos aspectos desgraciados vinculados a los soldados españoles, como podían ser los suicidios, las deserciones o las enfermedades venéreas. No obstante, estos elementos tampoco llegaban casi nunca a la opinión pública en cualquier etapa anterior, por lo que durante la Dictadura de Primo no encontramos diferencias destacables. Otro elemento que se eliminó totalmente del relato oficial de la guerra, y que apenas pudo ser conocido por los españoles, fue el de las negociaciones con los rifeños, sobre las que escribieron numerosos corresponsales extranjeros, pero no los españoles³².

Terminada la guerra, las políticas de olvido se suavizaron, e incluso hubo un intento de “enjuiciar la política general desde el 1 de julio de 1909”, que arrancó en diciembre de 1927 con una tercera comisión de responsabilidades y una exhumación documental³³. No sirvió para mucho, pero ese deseo de justicia histórica resulta interesante y hasta sorprendente, aunque no quiere decir que se fuera a cuestionar la política marroquí de la propia Dictadura, por supuesto. Por otra parte, el control de la memoria afectó a la propia historia, pues el régimen no desaprovechó la posibilidad de emplearla con fines propagandísticos. Su utilidad era notable para el potenciamiento del nacionalismo español tradicional, del que se potenciaron mitos de largo recorrido como el imperial, que siempre resultaba muy socorrido para el tema marroquí por ese intento de trazar una conexión, de ligar esa antigua mística a las luchas en el Protectorado y al dominio de dicho territorio. Este uso interesado de la historia empezó en la propia educación, considerada por la Dictadura como uno de los elementos más importantes en la nacionalización de las masas, y también útil para inculcar ideas contrarrevolucionarias, que siempre eran fáciles de introducir a través del estudio del pasado. Pese al enorme interés, apenas dio tiempo a aplicar los cambios deseados, por ejemplo en los manuales escolares, cuyo mejor exponente, la *Historia de España para*

³¹ Emilio Mola, *Dar Akobba: páginas de sangre, de dolor y de gloria*. (Madrid: Doncel, 1977 [original de 1924]), p. 9.

³² Susana Sueiro, *España en el Mediterráneo*, op. cit, p. 317.

³³ Juan Pando, *Historia secreta de Annual*. (Barcelona: Altaya, 2008 [original de 1999]), p. 314.

uso de las escuelas primarias, de Rafael Altamira, no se utilizó hasta la dictadura de Berenguer en 1930. En ella se señalaba que tras varias campañas muy costosas, España por fin había logrado “ver respetada su autoridad en esa zona”, renovando su prestigio internacional y devolviendo a los españoles la confianza³⁴.

MIGUEL PRIMO DE RIVERA, EL HÉROE DE LOS HÉROES

En el discurso de la Dictadura sobre Marruecos, especialmente en relación con la victoria, destacó la figura de su líder, cuya memoria fue ensalzada al máximo al tiempo que se utilizaban sus éxitos para legitimar su permanencia en el poder y la institucionalización del régimen.

En enero de 1925, completado el repliegue a la Línea Estella³⁵, el dictador volvió a Madrid, envuelto en una fama de gran estratega beneficiada por su propia propaganda, y por la consideración de que había dado un vuelco a la situación, haciendo racional un despliegue que hasta entonces se había caracterizado por caótico e inútil. Incluso el ataque de Abd El-Krim a los franceses, que terminó por provocar la entrada de estos últimos en la guerra, se señaló como un mérito de Primo de Rivera, como si su “retirada táctica” hubiese perseguido ese objetivo concreto. Esta afirmación tan ventajista fue desmentida en la actualidad por autores como Susana Sueiro, que tras un análisis pormenorizado de la documentación demostró incluso que en 1924 y 1925 se valoró seriamente la opción de negociar con Abd El-Krim y permitir la existencia de un Estado rifeño³⁶.

Sin duda lo que más sirvió para ensalzar la figura de Primo de Rivera fue el desembarco de Alhucemas, cuya planificación y ejecución le fueron atribuidas sobre todo a él, convirtiéndolo en el gran héroe del mayor éxito de la campaña. La ocupación de Axdir también fue vista como un mérito personal suyo, y de hecho le fueron dirigidos gran cantidad de telegramas de felicitación de autoridades locales y provinciales, algo

³⁴ Real Academia de la Historia [Rafael Altamira], *Historia de España para Uso de las Escuelas Primarias. Primer Grado*. (Madrid: Compañía General de Artes Gráficas, 1930), p. 61.

³⁵ La línea del repliegue se conoció con el nombre del título nobiliario de Primo, que era marqués de Estella.

³⁶ Susana Sueiro, *España en el Mediterráneo, op. cit.*, p. 222

que la prensa del momento se afaná en recoger. La ocupación de la capital del Rif supuso probablemente el momento de mayor popularidad de Primo de Rivera, y entre los múltiples homenajes se le concedió la Laureada de San Fernando por un Real Decreto, además de ser nombrado hijo adoptivo de ciudades como Madrid y Barcelona.

A pesar de no ser una época tan pródiga como la Restauración, el reconocimiento de Primo de Rivera llegó incluso al monumento conmemorativo, como todavía hoy se puede contemplar en la gran estatua ecuestre que se le dedicó en Jerez, su ciudad natal, y que fue obra del prestigioso escultor Mariano Benlliure. La estatua no se puede vincular a la victoria en la campaña, ya que la idea era de 1923, aunque no se la terminó hasta 1929, en las postrimerías de la Dictadura. No obstante, aunque no se había pensado para conmemorar la victoria, ésta llevó a replantear el monumento, incluyendo dos escenas ligadas con la campaña en los laterales del basamento. Una de ellas recoge un momento de la planificación del Desembarco, en el que Primo conversa con los generales José Sanjurjo, Leopoldo Saro, Emilio Pérez Fernández, Ignacio Despujol y el almirante Eduardo Guerra. Sin duda es un motivo atípico en la escultura conmemorativa, pero servía para ensalzar la faceta de gran estrategia que tanto potenció la Dictadura respecto de su líder. La escena va acompañada de la inscripción “Estudiando el plan definitivo de avance”. El otro relieve muestra campesinos marroquíes y un arado tirado por bueyes, con el título “El fruto de la victoria”, lo que parece destinado a destacar el éxito que supuso la paz para llevar a cabo la obra protectora. El propio dictador estuvo presente en la multitudinaria inauguración del monumento en septiembre de 1929, en la que según la prensa fue recibido por millares de personas entre vítores y aplausos. Los discursos pronunciados incidieron en que Primo de Rivera había logrado restaurar el orden social y pacificado Marruecos³⁷, lo que nos vuelve a demostrar la relevancia de la victoria militar en el ensalzamiento de su figura. Tres meses antes, en la inauguración del monumento al general José Sanjurjo, en Pamplona, el entonces homenajeado había tenido que compartir halagos con el Dictador, que incluso en esas circunstancias fue el más ensalzado, como muestran las palabras de José Sagardía, alcalde de Pamplona:

³⁷ Vid. “Informaciones y noticias políticas”, en *ABC*, 1-X-1929, p. 21; “El domingo se inauguró el movimiento al Marqués de Estella”, en *La Correspondencia Militar*, 1-X-1929, p. 1.

En los momentos en que la guerra africana asolaba los campos del Rif y las madres españolas veían separarse a sus hijos con lágrimas en los ojos y con el pensamiento de que tal vez no habrían de volverlos a ver, surgió la figura ilustre de un caudillo que tomó la rienda del Gobierno de España y con la colaboración de las tropas francesas puso fin a aquella sangría que tantas lágrimas y tanto dinero había de costar a la madre patria³⁸.

El tratamiento de la figura de Primo fue casi siempre muy acrítico. No obstante, aunque no se pudiese hacer público, muchos discrepaban de estos méritos que la propia Dictadura se daba a sí misma. Un ejemplo de ello nos lo da el testimonio del artillero Antonio Cordón en sus memorias, en las que recordó cómo él y sus compañeros se indignaron ante la “nota oficiosa” en la que Primo de Rivera declaraba que él y su Gobierno merecían la mayor de las glorificaciones que pudiese hacerse³⁹. Esto está bien para recordarnos que la “opinión pública” y la “opinión publicada” eran cosas diferentes, y mientras la segunda poco podía decir al margen de la memoria oficial, la primera podía ir por caminos diferentes y muy difíciles de conocer desde la historia porque las evidencias que nos han quedado son mucho más escasas.

“LLUVIA DE MEDALLAS”: LA CONMEMORACIÓN A TRAVÉS DE LOS RECONOCIMIENTOS

Aunque Primo de Rivera fue, con mucha diferencia, la figura más ensalzada y recordada de la Guerra del Rif durante la Dictadura, los reconocimientos fueron algo generalizado, llegando a una proporción de soldados mayor que en cualquier momento anterior. Un ejemplo: en 1924 se concedieron más cruces laureadas de San Fernando que en toda la historia de esta distinción. Fueron un total de 40, hasta 35 de ellas en la segunda mitad del año, que se enmarcan en las operaciones del Uad Lau (junio a septiembre) y en el repliegue propiamente dicho (septiembre a diciembre). Esto las

³⁸ “En Pamplona se inauguró ayer el monumento al general Sanjurjo”, en *La Correspondencia militar*, 14-VII-1929, p. 4.

³⁹ Antonio Cordón, *Trayectoria*, *op. cit.*, p. 257.

convertiría, si las medallas fuesen un medidor válido, en las operaciones militares más heroicas y valerosas del Ejército español en toda la época contemporánea.

Cualquier posición cuya defensa hubiese destacado por su “heroicidad”, era merecedora de reconocimiento, y éste solía manifestarse en condecoraciones y homenajes. Era normal que en 1924 la exaltación tuviese que hacerse en la defensa de posiciones, porque las ofensivas brillaron por su ausencia. Coba D’Arsaáa, Abada número 1 o Kudia Tahar fueron algunos de estos ejemplos de resistencia muy ensalzados por el régimen. La primera de ellas fue liberada el 6 de julio de 1924, tras más de una semana sitiada. En la operación para su liberación, encabezada por el entonces teniente coronel Francisco Franco, hubo 88 muertos y más de 600 entre heridos, contusos y desaparecidos. Al teniente de Infantería Luis Baquera Álvarez, destacado en la rotura del cerco a la posición, se le concedió la Cruz Laureada de San Fernando, y a todos los defensores de la posición, más de treinta, la Medalla Militar. Además, les fueron tributados diversos homenajes locales, destacando el del 21 de julio en Cáceres, de donde eran oriundos 22 de los defensores, 13 de los cuales participaron en el mismo⁴⁰. La defensa de Abada número uno fue más sacrificada, con 21 soldados de Cazadores de Madrid que la sostuvieron del 7 de septiembre al 25 de octubre, pero solo sobrevivieron 7 de ellos⁴¹, a dos de los cuales, el alférez Leopoldo Neira y el cabo Manuel Blanco Pardal, se les concedió la Laureada⁴².

La defensa de Kudia Tahar, por su parte, tuvo lugar ya en 1925. Destacó por ser una posición clave para la protección de Tetuán, y resistió un importante asedio justo antes del Desembarco, al que podía haber afectado en caso de perderse. Buena prueba de la exaltación que de los defensores se hizo la tenemos en las efusivas palabras de Primo de Rivera el 15 de septiembre:

*He aquí otra nueva emoción: besar a un soldado ennegrecido
y sucio, el primero que llegó a mí después del heroísmo de Kudia*

⁴⁰ Vid. “Las provincias”, en *La Época*, 22-VII-1924, p. 2.

⁴¹ Matilla, Aurelio: “Tenaz defensa”, en *Mundo Gráfico*, 19-XI-1924, p. 6.

⁴² “La Cruz Laureada al Cabo Blanco Pardal”, en *ABC*, 1-X-1925, p. 10.

*Tahar. He besado en la vida muchas veces con el corazón puesto en los labios al crucifijo, a la bandera, a mi madre, a mis hijos y a las mujeres amadas; pero ese beso de hoy también es inolvidable*⁴³.

El 10 de octubre fueron recibidos como héroes en Madrid, en un acto en el que Alfonso XIII afirmó que “es para un Rey la mayor satisfacción que se puede tener recibir a un batallón y a unas fuerzas que tan bien se han portado. El Rey os felicita públicamente”, incidió en que la lucha era por un ideal: España, y que se habían ofrecido muchas vidas por ese ideal, lo que había permitido obtener victorias como la que en aquel momento se celebraba⁴⁴.

Había quedado claro que las conquistas no eran necesarias para que lloviesen las condecoraciones, y las defensas exitosas podían ser las mejores victorias. Aun así, los avances siempre resultaban favorables, y un éxito como el de Alhucemas no iba a pasar desapercibido. Además, justo en 1925 Primo de Rivera había restablecido los ascensos por méritos de guerra, una reivindicación de los militares africanistas, y la cantidad de los que se produjeron ese año y los dos siguientes fue considerable, a veces incluso exagerado. En este sentido resulta muy revelador el testimonio del escritor Ramón Armada Quiroga, que había participado en la guerra como legionario, y relataba así la facilidad con la que se repartían méritos: “El capitán, con voz cansada, siguió leyendo la interminable lista de los premiados con galones. No llegaban a una docena los que quedaban soldados rasos. La mayor parte de los que formaban mi compañía ascendieron a cabos y sargentos”⁴⁵.

Entre las figuras que recibieron mayor reconocimiento, además del ya analizado Primo de Rivera, estuvo el general José Sanjurjo, que había sido jefe de operaciones en el desembarco de Alhucemas, y que sustituyó a Primo como Alto Comisario de Marruecos. Además de convertirse en una figura mítica de la campaña, exaltada casi

⁴³ Francisco Soldevilla, *El Año político*, 1925, p. 326.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 352.

⁴⁵ Ramón Armada Quiroga, *Emociones literarias de la Guerra de Marruecos*. (Vigo: Imprenta de los Sindicatos Católicos, 1925), p. 58.

siempre de forma acrítica⁴⁶, se le concedió un título nobiliario: el de marqués de Monte Malmusi en 1926, que se convertiría en marqués del Rif tras haber completado la “pacificación” en 1927. Además, el asentamiento que se comenzó a construir en la bahía de Alhucemas después del Desembarco, la actual ciudad de Al-Hoceima, recibió el nombre de Villa Sanjurjo. Incluso se le erigió un monumento en su ciudad natal, Pamplona, inaugurado en julio de 1929, en un acto de exaltación de su figura, en el que se le definió como “una de las grandes figuras de su tiempo” o un “ídolo de todos los buenos españoles”⁴⁷. Aunque el monumento era bastante abstracto (un busto de Sanjurjo sobre una base de granito con dos relieves representando a la Victoria y a la Paz), y no aludía directamente a la guerra, su conexión con ella era más que evidente.

Otros grandes reconocimientos los recibieron Leopoldo Saro, que sería nombrado Conde de la Playa de Ixdain, y al que se le hizo una estatua en Úbeda, aunque no se terminó hasta 1930 y los avatares políticos impidieron su inauguración; o Francisco Franco, ascendido a general en 1926, lo que le convirtió, a sus 33 años, en el más joven de Europa con esta graduación. En general, los militares africanistas reforzaron aún más su prestigio por su frenética actividad en estos años finales de la campaña. Además de la exaltación de Sanjurjo o Franco, podemos señalar el ejemplo del comandante Muñoz Grandes, ensalzado por haber comandado la primera harca que tocó tierra, o de José Millán Astray, que seguía en activo pese a haber perdido un brazo en 1924, y en 1926 sufrió la pérdida de un ojo y graves secuelas a causa de otro disparo, lo que también fue utilizado para reforzar su imagen de sacrificado y valeroso que combatía en primera línea. Muchos consideraron a los africanistas los grandes responsables de la victoria, al tiempo que aumentaba la consideración de que podían ser una defensa contra los enemigos que no estaban en el Rif, si no en la metrópoli, como el comunismo o el separatismo.

Una situación muy diferente con la de 1921 fue que en los años de la Dictadura casi todos los héroes principales sobrevivieron a las operaciones, pero era algo

⁴⁶ Antonio Cerdón afirmaba en sus memorias que él no diseñaba los planes, sino que lo hacía el Estado Mayor, pero luego en la prensa se llevaba todo el reconocimiento: Antonio Cerdón, *Trayectoria*, *op. cit.*, p. 100.

⁴⁷ “En Pamplona se inauguró ayer el monumento al general Sanjurjo”, en *La Correspondencia militar*, 14-VII-1929, p. 4.

comprensible teniendo en cuenta que la mayoría eran del Alto Mando, por lo que, aunque a menudo estuvieron expuestos en el campo de batalla, nunca lo estaban tanto como otras unidades. Y a pesar de tantas medallas al mérito militar y laureadas, muchas de ellas póstumas, la mayor parte de los muertos pasaron muy desapercibidos, especialmente los de las operaciones de 1924. La muerte de los oficiales recibía algo de atención, aunque su reconocimiento no solía pasar de una breve nota en los periódicos y una sepultura con su nombre; pero es que de la mayoría de los soldados ni se conoció públicamente su muerte, solían ser solo un número en las cifras de muertos. De los homenajes que fueron característicos en Europa desde la Primera Guerra Mundial, como los cementerios militares, los monumentos al soldado desconocido, las estelas en los lugares de origen o las listas de nombres en memoriales, ninguno fue promovido por la dictadura para honrar a los que perdieron su vida en la guerra. Quizá la democratización de la memoria de la guerra, característica, de anteriores etapas, era menos necesaria por la mayor profesionalización del Ejército de África. En las operaciones que estamos analizando la proporción de regulares de origen marroquí y de militares de carrera era más alta que en ninguna etapa anterior, y la reducción de los muertos reclutados en contra de su voluntad, que habían alcanzado su pico en 1921, favorecía la estabilidad social.

En cualquier caso, lo que sí se organizaron fueron actos patrióticos de carácter civil y tedeum de carácter religioso en las iglesias⁴⁸. Estos últimos nos dan pie a señalar el papel de la religión en el discurso, que había decaído mucho en épocas anteriores, pero volvió con fuerza, vinculado a la afinidad del régimen. Al margen de los habituales tedeum agradeciendo las victorias y las misas por los caídos, la Iglesia destacó por apoyar la “misión civilizadora” de España en Marruecos, en una fortalecida identificación entre catolicismo y nación⁴⁹.

En cuanto al monumento conmemorativo, a pesar de la importancia que la Dictadura dio a la victoria en la guerra, no se erigió casi ninguno más allá de los que ya

⁴⁸ Alejandro Quiroga, *Haciendo españoles*, op. cit., p. 84.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 87.

hemos visto ligados a algunos de los oficiales que más reconocimiento obtuvieron⁵⁰. El único realmente destacado que se dedicó a la campaña en general fue erigido en Melilla, gracias a una suscripción nacional iniciada a finales de 1925, después del desembarco de Alhucemas. Se concibió como un monumento en memoria de los soldados muertos en la campaña, ubicado en un sitio céntrico y que transmitiera sensación de alegría, como la plaza de España. Se trataba de un contraste con el cementerio de la Purísima Concepción, donde estaban la mayoría de los monumentos vinculados con las guerras de Marruecos, pero que se vinculaba mucho más al sacrificio. Aunque no se hicieron monumentos al soldado desconocido, el soldado anónimo mirando al monte Gurugú de la parte baja del monumento cumplía esta función de representar al colectivo en su conjunto. De hecho, con anterioridad había fracasado un proyecto similar porque se le intentó dar un carácter más religioso, lo que dejaba fuera a los voluntarios extranjeros no católicos o a los indígenas musulmanes, a los que también se quería rendir tributo⁵¹. El monumento se compone de un alto obelisco coronado por una victoria alada y con el soldado de bronce en su parte baja, que también se compone de un amplio basamento y que contiene la inscripción: “Melilla a los héroes y mártires de las campañas”. El proceso de construcción llevó a que no se pudiese inaugurar hasta septiembre de 1931, ya en plena II República.

En el gran centro monumental de las campañas de Marruecos, el cementerio melillense de la Purísima Concepción, no se proyectó ningún gran monumento a raíz de las campañas que tuvieron lugar durante la Dictadura, aunque en 1925 se colocaba un gran ángel de bronce en el Panteón de los Héroes, inaugurado en 1915 y en el que se siguieron enterrando oficiales muertos en las operaciones, aunque menos numerosos que tras el desastre de Annual, porque las operaciones más costosas tuvieron lugar en la zona oriental. Sin embargo, a partir de 1929, con la guerra ya terminada, se comenzaron a trasladar al Panteón restos que había en hasta 57 cementerios provisionales del Protectorado, concentrando en Melilla la conmemoración de un conflicto que por fin era historia.

⁵⁰ Hubo excepciones, como la escultura de bronce dedicada al capitán de Caballería Adolfo Botín Polanco, destacado jinete, en la Escuela de Equitación de Madrid. Había desaparecido en Zoco del Jemis en diciembre de 1924 pero su cadáver no fue recuperado hasta 1926.

⁵¹ “El monumento a los héroes y mártires de las campañas, en *El Telegrama del Rif*, 8-IX-1931, p. 1.

NARRATIVAS DE GUERRA TRAS EL EMBUDO DE LA CENSURA

La prensa era fundamental para definir la perspectiva de la población sobre los hechos que iban teniendo lugar en el Protectorado, pero también fueron importantes las diferentes publicaciones realizadas al calor de los hechos, a menudo exitosas entre una sociedad que estaba ávida por saber más y más de lo que sucedía en aquella campaña. Las crónicas fueron un buen ejemplo, como ya había sucedido después del desastre de Annual. No obstante, a diferencia de éste hubo pocas que se puedan considerar antibelicistas, y fueron más comunes las de exaltación o las que provenían del propio Ejército, algo lógico teniendo en cuenta la mayor proporción de las unidades profesionales respecto a las de reclutamiento obligatorio. La retirada de Xauen, el desembarco de Alhucemas y la campaña posterior eran los temas lógicos, y podemos referirnos por ejemplo a *Dar Akobba* (1924), del entonces teniente coronel Emilio Mola; o a *La Hora de Xauén* y *Diario de Alhucemas* (1925), escritos por Francisco Franco y publicados por entregas en la *Revista de Tropas Coloniales*, de la que era director⁵². En las tres obras existe una clara exaltación del Ejército, una retórica del valor y el heroísmo, un rechazo al antibelicismo de la sociedad, y reflexiones que revelan un conocimiento directo de la realidad marroquí, aunque con la perspectiva concreta del africanismo militarista. El tono era aún más intenso en otras como *Dos años en Gomara* (1928), del capitán Alberto Bayo, o *En la hora de la paz* (1928), del periodista Vitaliano Gómez⁵³. En ellas, la concepción del enemigo era tremendamente peyorativa y desbordante en racismo, entendiendo como lógica incluso la violencia extrema ejercida contra él, considerando que llevaría a la paz, lo que no deja de resultar paradójico. El belicismo también alcanzaba niveles extraordinarios, potenciando las perspectivas de la guerra heroica y otorgando especial relevancia a la Legión.

Entre las crónicas y memorias de la campaña marroquí aparecidas durante la dictadura de Primo podían haber destacado mucho las de Abd El-Krim, que fueron publicadas en París por Roger Mathieu en 1927, y que alcanzó al menos la 17ª edición

⁵² Francisco Franco Bahamonde, “La hora de Xauen” y “Diario de Alhucemas”, en ID., *Papeles de la Guerra de Marruecos*. (Madrid: Fundación Nacional Francisco Franco, 1986 [originales de 1925]). Emilio Mola, *Dar Akobba*, *op. cit.*

⁵³ Alberto Bayo, *Dos años en Gomara*. (Madrid: Imp. de Cleto Vallinas, 1928); Vitaliano Gómez, *En la hora de la paz*. (Tetuán: Hispano-Africana, 1928).

ese mismo año, lo que demuestra su enorme éxito⁵⁴. Se publicaron también en Alemania⁵⁵, mientras que en España pasaban casi totalmente desapercibidas, algo que solo se puede entender por la censura de la Dictadura, ya que la falta de interés resulta difícilmente creíble. Desde órganos del Ejército como *La Correspondencia Militar* se las criticó duramente, acusándolas de ser una invención de Roger Mathieu hecha únicamente para hacer daño⁵⁶.

En cuanto a la narrativa de ficción, aunque el desastre de Annual y la reconquista que lo siguió fueron los temas estrella todavía en estos años, hubo novelas situadas posteriormente, como *Los del Tercio en Tánger* (1926), de Francisco Triviño Valdivia, o *Águilas de acero*, publicada en 1926 por Rafael López Rienda y cuyo argumento daría lugar a una película poco después⁵⁷. En ambos casos el epicentro de la trama era la zona internacional de Tánger, muy atractiva para el género por su cosmopolitismo y su fama como centro de espionaje y misterios. *Águilas de Acero* además exploraba un argumento manido y muy del gusto del régimen como fue el de la vinculación entre la URSS y la República del Rif, que no pudo ser probada pero que propagandísticamente resultaba muy aprovechable. Menos del gusto de la censura primorriverista fue el antibelicismo del que comenzaban a hacer gala cada vez más obras, y el éxito de la novela social fue mitigado durante la Dictadura, lo que dificultó la difusión de sus mejores exponentes o que algunos demorasen su publicación hasta 1930, algo que sucedió con la famosa *Imán*, de Ramón J. Sender, sobre el desastre de Annual, y también con *Uno de tantos*, de Salvador Ferrer, ambientada en la retirada de Xauen⁵⁸. Esta última mostraba una visión cruda y trágica de la guerra, a través de un soldado de cuota que veía la magnitud de la desgracia acontecida en 1924, justamente una visión opuesta a la del régimen imperante, que hacía lo posible por bloquearla. Con la retirada de Xauen como telón de fondo sí pudo ver la luz *La pared de la tela de araña* (1924), de Tomás Borrás⁵⁹, bien

⁵⁴ En la Biblioteca Nacional de Madrid hemos localizado dos ediciones con el título: *Mémoires d'Abd-El-Krim*, una de ellas precisamente la decimoséptima edición.

⁵⁵ Abd El-Krim: *Memoiren: mein Krieg gegen Spanien und Frankreic*. (Dresden: Carl Reinner, 1927).

⁵⁶ “Las supuestas memorias de Abd-el-Krim”, en *La Correspondencia militar*, 3-II-1927, p. 1.

⁵⁷ Francisco Triviño Valdivia, *Los del Tercio en Tánger*. (Valencia: Artes y Letras, 1926); López Rienda, Rafael, *Águilas de Acero*. (Madrid: Atlántida, 1926).

⁵⁸ Salvador Ferrer, *Uno de tantos*. (Barcelona: Imprenta A. Porta, 1930).

⁵⁹ Tomás Borrás, *La pared de la tela de araña*. (Madrid: Marinada, 1924).

recibida por la crítica de entonces y con un antibelicismo más sutil, algo que aumentaba las posibilidades de publicación evadiendo la censura. Esto nos demuestra que no faltaban escritores dispuestos a mostrar perspectivas de la guerra en Marruecos diferentes a las oficiales, pero lo que no se consentía en la prensa tampoco se consentía en los libros, aunque el control sobre éstos no era tan intenso.

La situación del teatro no era muy diferente, y además de la menor vitalidad de la que éste gozaba en relación a otras épocas⁶⁰, la censura fue un lastre demasiado pesado para muchos autores. Si en los años finales de la Restauración se habían visto obras combativas como *¡Responsables!* (1923), de Luis Antón del Olmet, que incluso entonces tuvo problemas con la censura, ya en la Dictadura las opciones de algo así eran mínimas. La obra centrada en las campañas de Marruecos con mayor repercusión fue *La Bandera Legionaria: zarzuela en dos actos*, de Manuel Fernández Palomero, estrenada en el Teatro de Novedades de Madrid el 26 de febrero de 1926⁶¹. Sus principales características fueron la presencia de una Legión heroica y al mismo tiempo brutalizada, con una exagerada retórica violenta y un patriotismo exacerbado, aderezado con continuas referencias a la bandera y al amor por la patria. Es un buen ejemplo de obra sin pretensiones ni calidad literaria, que aprovechaba la popularidad de las campañas como reclamo y ofrecía una ristra de estereotipos que no suponían mayor problema para la censura.

UNA IMAGEN VALE MÁS QUE MIL PALABRAS. CAPTURANDO LA VICTORIA.

Con el desembarco de Alhucemas culminaba el afianzamiento de la fotografía como el medio principal para mostrar a la sociedad imágenes sobre hechos que estaban teniendo lugar, quedando la pintura o el dibujo ligados a lo puramente artístico. El seguimiento de la exitosa operación militar permitió llenar la prensa gráfica del momento con espectaculares reportajes basados en las capturas de fotógrafos de

⁶⁰ En buena medida derivada del cada vez mayor impacto del cine: Vid. Alfonso Iglesias Amorín y Noelia Iglesias Iglesias, *La presencia de las guerras de Marruecos en el teatro español (1859–1930)*, en *Hispanic Research Journal*, Vol. 18, nº 2, 2017, p. 142.

⁶¹ Manuel Fernández Palomero, *La bandera legionaria: zarzuela en dos actos*. (Barcelona: Maucci, 1926), p. 5.

prestigio como Alfonso, Díaz Casariego, Litrán o Zarco. *Nuevo Mundo*, *Blanco y Negro*, *Mundo Gráfico*, *La Unión Ilustrada* o *La Esfera* fueron ejemplos destacados, aunque la prensa diaria también incorporó numerosas fotografías.

El directorio militar, tan escéptico en otros momentos con la presencia de fotógrafos, les puso una alfombra roja en la operación anfibia de 1925, permitiendo su presencia en los barcos, aviones o las playas en las que ésta tuvo lugar. Gracias a ello la proliferación de imágenes fue impresionante. Y no se trató de los típicos posados y fotografías de retaguardia, sino que se pudieron ver soldados alcanzando la orilla, columnas avanzando por el terreno, oficiales arengando a sus tropas, asaltos a edificaciones próximas e incluso espectaculares fotografías aéreas. Con todos estos ingredientes se ofreció a la sociedad española la mayor cobertura gráfica de una acción militar hasta aquel momento, influyendo sobremanera en su percepción gracias al realismo inherente a la fotografía y a la manipulación que suponía la elección de las imágenes. La censura se encargaba de evitar la presencia de elementos incómodos, como soldados muertos o heridos, que pudiesen restar “brillantez” a las operaciones.

Esta cobertura fotográfica sin precedentes contrastaba con lo acontecido menos de un año antes en la retirada de Xauen, de la que apenas disponemos de fotografías. Resulta muy revelador el hecho de que las revistas gráficas más populares de la época, como *Blanco y Negro* o *Mundo Gráfico*, ilustraran la evacuación española de la ciudad de Xauen con fotos de monumentos y lugares destacados de la misma, pero no capturas de las operaciones⁶², que tampoco aparecieron en los días posteriores. En cambio sí hubo múltiples imágenes de sepelios de oficiales muertos en combate, a los que se homenajeaba incluyendo pequeñas biografías y retratos. También siguieron siendo muy habituales los posados de soldados, que parecían transmitir una sensación de tranquila rutina entre las noticias de muertos y posiciones abandonadas.

Pese a la excepción de Alhucemas, lo más habitual siguieron siendo las fotografías de retaguardia. Muy numerosas entonces y que nos permiten conocer múltiples detalles sobre el despliegue militar español. Entre los fotógrafos que las capturaron destacó Bartolomé Ros, considerado por varios especialistas como el más

⁶² “Nuestras tropas evacuan la ciudad santa de Xauen”, en *Mundo Gráfico*, 26-XI-1924, p. 8; “Marruecos, en la zona occidental”, en *Blanco y Negro*, 23-XI-1924, p. 21.

innovador y artístico del Protectorado, alejado del pictorialismo gracias a su fotografía documental y objetiva⁶³. Las fotografías de Ros están entre las más usadas aún hoy para ilustrar ese contexto, lo que demuestra su vigencia, pero ni siquiera él escapó de las limitaciones de la Dictadura y de un ejército que casi siempre alejó las cámaras del campo de batalla, dejándolas operar sobre todo alrededor de aquello que más le convenía.

Al margen de la fotografía, cuyo protagonismo fue casi absoluto, podemos referirnos a la escasa producción pictórica, muy lejos de la antaño generada por conflictos como la Guerra de África de 1859-1860⁶⁴. Este tipo de pintura había entrado en claro declive desde la irrupción de la fotografía, y para entonces su peso era mínimo. No obstante, podemos destacar la figura de Mariano Bertuchi, el pintor más representativo del Protectorado español, especialmente durante los años del franquismo. Aunque lo militar fue secundario en su pintura, desde 1925 fue director artístico de la *Revista de Tropas Coloniales*, en la que aparecieron múltiples trabajos suyos, aunque incluso en una publicación como esa lo militar fue secundario, y sus pinturas de temática bélica son las menos. También adquirió cierta trascendencia el óleo *El desembarco de Alhucemas* (1929), del pintor José Moreno Carbonero, en el que el entonces Alto Comisario saluda desde un torpedero de la Marina a las tropas que están a punto de comenzar la operación. Hubo incluso alguna crónica gráfica, como *El desembarco de Alhucemas* (Antonio Got, 1925), pero fue algo realmente excepcional.

En cuanto a representaciones más modestas, habituales en postales, cromos o en la prensa, se vuelve a notar la mano de la censura, porque apenas aparecieron soldados españoles muertos en el campo de batalla, algo que con anterioridad era más habitual. Sin embargo, sí hay mucha imagen de exaltación del ejército propio y de estereotipos negativos del enemigo, que a pesar de la “obra protectora” seguía apareciendo a menudo como salvaje, traicionero y sediento de sangre. Si bien esta imagen sí se fue

⁶³ Vid. José Luis Gómez Barceló, *Tiempo de guerra, imágenes de paz. Iconografía militar de Bartolomé Ros*. (Madrid: Ministerio de Defensa, 2005); Fernando Castillo Cáceres: “Prólogo” en José Luis Gómez Barceló, *Tiempo de guerra, imágenes de paz, op. cit.* pp. 16-17.

⁶⁴ Vid. Eloy Martín Corrales, *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica siglos XVI-XX*. (Barcelona: Bellaterra, 2002).

desvaneciéndose desde 1927 y el fin de la guerra, cuando la “obra protectora” de España adquirió un papel preponderante.

CELULOIDE EN BLANCO Y NEGRO PARA EL FINAL DE UNA GUERRA

La aparición del cine bélico en España, tanto documental como de ficción, está íntimamente ligada a la Guerra de Marruecos. Ya en 1909 la producción cinematográfica, sobre todo de noticiarios, había sido considerable; y tras el desastre de Annual la proliferación fue aún mayor, coincidiendo con una popularidad del medio que no dejó de crecer en los años veinte. La llegada de la Dictadura no supuso un frenazo para el cine, al contrario, Primo de Rivera lo consideraba un medio fundamental en la difusión de ideas, por lo que se potenció su uso, aunque controlado fuertemente desde arriba. Este control llegaba al punto de que las empresas tenían que presentar una “hoja declaratoria” en la que se exponían los contenidos a emitir y la rotulación de los mismos⁶⁵. De este modo, los distintos noticiarios de la época no se diferenciaban mucho en sus contenidos de las “notas oficiosas” del régimen, y trataron de mostrar un Ejército eficaz y una labor ejemplar en el Protectorado. La presencia de cámaras cerca del frente permitió emitir grabaciones del desembarco de Alhucemas y otros combates, que tuvieron un notable impacto a la hora de condicionar la forma en la que los españoles imaginaron la campaña. Además de las productoras profesionales, como las famosas Gaumont o Pathè y otras de menor entidad, fue habitual que particulares amateurs hiciesen sus propias grabaciones. El bajo coste y comodidad de las nuevas cámaras hacía esto posible, y oficiales del Ejército como el propio Francisco Franco rodaron sus propias películas⁶⁶.

La situación del cine de ficción siguió pautas similares a las del documental, no pudiendo transmitir visiones peyorativas del Ejército español o de la labor protectora de España. En la literatura aún era posible dar un cierto protagonismo al sufrimiento de los

⁶⁵ Vid. Luis Fernández Colorado, “Visiones imperiales: documental y propaganda en el cine español”, en VV. AA., *Actas del IV Congreso de la A.E.H.C.* (Madrid, Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas de España, 1998), pp. 97-110.

⁶⁶ Equipado con una Pathè-Baby realizó diversas filmaciones que se perdieron tras el saqueo de su casa en Madrid en 1936. Emeterio Díez Puertas, *Historia social del cine en España*. (Madrid, Fundamentos, 2003), p. 297.

soldados españoles o al sinsentido de la guerra, pero en el celuloide la censura no lo permitía. Así, nos encontramos con películas de exaltación militarista como *Los héroes de la Legión* (Rafael López Rienda, 1927), o *Águilas de Acero* (Florián Rey, 1927), en las que los soldados españoles aparecían como heroicos y gloriosos. El propio López Rienda, director de la primera y guionista de la segunda, afirmó que quería cultivar la película patriótica, en la que se ensalzase las virtudes de España y a la vez se divulgase la obra de protectorado. En ambas películas había querido homenajear al Ejército, especialmente a aviadores y legionarios⁶⁷.

La aviación militar, que la década anterior apenas existía, se había convertido entonces en uno de los mayores atractivos del Ejército de cara a la opinión pública, y ello se notó en el cine, teniendo también un papel central en *Ruta Gloriosa* (Fernando Delgado, 1925), que también tenía ese componente de exaltación que caracteriza al poco cine de ficción sobre la guerra que se hizo en esta época. Otro aspecto a señalar es que la calidad de las filmaciones era cada vez mayor, lo que incrementaba el realismo y el impacto en los espectadores. *Águilas de Acero*, por ejemplo, contaba con tomas como la de un avión de guerra en acción filmado desde otro que eran realmente novedosas entonces. Además, la variedad de secuencias y localizaciones, en gran medida reales, ayudaba a que la opinión pública tuviese muy en mente lo que mostraban estas películas a la hora de imaginar lo que luego conocían de la guerra por otras fuentes.

CONCLUSIONES

La dictadura de Primo de Rivera, aunque no alcanzó el nivel de control social de los totalitarismos de Entreguerras, fue una experiencia autoritaria que no tenía precedentes en España. Bajo ella, se produjo un control de la información superior al de cualquier otra etapa anterior en el país, y la eficaz combinación de propaganda y censura consiguió condicionar la difusión de ideas de forma considerable. Esto fue fundamental con respecto a la guerra de Marruecos, el único conflicto militar con el que tuvo que lidiar el régimen, aunque tuvo fases muy diferentes. En todas ellas la información que

⁶⁷ X.X., "Las películas de Marruecos", en *El Telegrama del Rif*, 9-II-1928, p. 1.

pudo llegar a la sociedad española pasó por ese potente filtro establecido por el directorio, y que no afectó solo a la prensa, tradicionalmente castigada en los momentos de mayor censura, sino a cualquier manifestación pública que contuviese información sobre la guerra. Para oponerse claramente a la “verdad oficial” no quedaba mucha más opción que la clandestinidad, cualquiera que fuese el medio empleado. Así, tanto la percepción inmediata de la campaña como la memoria colectiva que de ella se consolidó, estuvieron fuertemente condicionadas por los deseos de la Dictadura.

La durísima retirada de Xauen, que con otro punto de vista podría haber sido muy cuestionada y haber supuesto un desgaste para el régimen, pudo pasar como esa “retirada táctica perfectamente ejecutada” de la versión oficial, que omitió sistemáticamente sus más trágicos aspectos, y que logró imponerse. Posteriormente, el desembarco de Alhucemas, exitoso desde cualquier análisis militar, fue ensalzado hasta el extremo y sirvió para construir héroes, Primo de Rivera el más destacado, y realzar el papel del Ejército como institución eficaz y capacitada para regenerar la nación.

Las diversas manifestaciones culturales, como las aquí analizadas, fueron claves en el imaginario. Por ejemplo la idealización de la Legión, que a pesar de su reciente creación se convirtió en la unidad militar por excelencia del ejército español, no se entiende sin el papel que la literatura o el cine tuvieron a la hora de generar unos estereotipos del heroísmo, el valor o la temeridad ligados a esos soldados. En general, los tópicos sobre el propio ejército o sobre el enemigo tuvieron una clara continuidad con respecto a etapas anteriores, primando la visión favorable del primero y claramente peyorativa, incluyendo tintes racistas, del segundo. Además, el borrar en cierto modo las visiones más críticas con el ejército español, que parecían querer proliferar en la narrativa (no así en el cine) después del desastre de Annual, facilitó que en este periodo la memoria fuese claramente positiva, a pesar de que hubo, como vimos, serios reveses. Ahí la fotografía supuso uno de los mejores ejemplos, no habiendo nada parecido a las imágenes de la tragedia de 1921 que pusieron patas arriba la percepción que la sociedad española tenía de la guerra del Rif, y si una gran cantidad de fotografías que mostraban a los militares españoles como eficientes y disciplinados. Así, estos soldados que tan denodadamente luchaban por su patria tenían que ser dignos de unos homenajes y actos conmemorativos que sirvieron para llevar al espacio público la victoria (o en ocasiones

la heroicidad o el sacrificio). Aunque habitualmente la prensa, por su innegable trascendencia, centra este tipo de análisis, hemos querido demostrar que los brazos de la Dictadura llegaron mucho más lejos. Ya fueran crónicas, novelas, fotografías, películas o pinturas, las “políticas de memoria” del régimen las afectaron, impidiendo a la sociedad tener versiones con las que contrastar, como sí había sucedido en los años finales de la Restauración.

BIBLIOGRAFÍA

- Armada Quiroga, Ramón. *Emociones literarias de la Guerra de Marruecos*. Vigo: Imprenta de los Sindicatos Católicos, 1925.
- Azzuz Hakim, Mohammad. *La actitud de los moros ante el Alzamiento. Marruecos 1936*. Málaga, Algazara, 1997.
- Bayo, Alberto. *Dos años en Gomara*. Madrid: Imp. de Cleto Vallinas, 1928.
- Borrás, Tomás. *La pared de la tela de araña*. Madrid: Marineda, 1924.
- Cordón, Antonio. *Trayectoria (Recuerdos de un artillero)*. París: Colección Ebro, 1971.
- Cuesta, Josefina. *La odisea de la memoria: Historia de la memoria en España. Siglo XX*, Madrid: Alianza, 2008.
- Díez Puertas, Emeterio. *Historia social del cine en España*. Madrid, Fundamentos, 2003.
- Elena, Alberto. *La llamada de África: Estudios sobre el cine colonial español*, Bellaterra, Barcelona, 2010.
- Fernández Colorado, Luis, “Visiones imperiales: documental y propaganda en el cine español”, en VV. AA.: *Actas del IV Congreso de la A.E.H.C*. Madrid, Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas de España, 1998 pp. 97-110.
- Fernández Palomero, Manuel. *La bandera legionaria: zarzuela en dos actos*. Barcelona: Maucci, 1926.
- Fernández Riera, Vicente. *Xauen 1924. La campaña que evitó un nuevo Annual*. Madrid: Almena, 2013.
- Ferrer, Salvador, *Uno de tantos*. Barcelona: Imprenta A. Porta, 1930.
- Franco Bahamonde, Francisco. *Papeles de la Guerra de Marruecos*. Madrid: Fundación Nacional Francisco Franco, 1986 [originales de 1925].

- Gajate, María. *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa (1906-1927)*. Madrid, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-UNED, 2012.
- Goded, Manuel. *Marruecos. Las etapas de la pacificación*. Madrid: Compañía Iberoamericana de publicaciones, 1932.
- Gómez, Vitalino. *En la hora de la paz*. Tetuán: Hispano-Africana, 1928.
- Gómez Barceló, José Luis. *Tiempo de guerra, imágenes de paz. Iconografía militar de Bartolomé Ros*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2005.
- González Alcantud, José Antonio. *Lo moro. Las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico*, Barcelona: Anthropos, 2002.
- Halbwachs, Maurice. *La memoria colectiva*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004 (original de 1950).
- Hidalgo de Cisneros, Ignacio. *Cambio de rumbo*, tomo 1 (Bucarest: s/n, 1961).
- Iglesias Amorín, Alfonso. *La memoria de las guerras de Marruecos en España (1859-1936)*. Tesis doctoral inédita, Santiago de Compostela, USC, 2014.
- Iglesias Amorín, Alfonso e Iglesias Iglesias, Noelia, *La presencia de las guerras de Marruecos en el teatro español (1859–1930)*, en *Hispanic Research Journal*, Vol. 18, nº 2, 2017, pp. 131-145.
- La Porte, Pablo. *La atracción del imán. El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2001.
- López Barranco, Juan José. *El Rif en armas. La narrativa española sobre la guerra de Marruecos (1859-2005)*, Madrid: Mare Nostrum, 2006.
- López de Ochoa, Eduardo. *De la Dictadura a la República*. Madrid: Ed. Zeus, 1930.
- López Rienda, Rafael. *Águilas de Acero*. Madrid: Atlántida, 1926.
- Madariaga, María Rosa de. *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Madrid: Alianza, 2005.
- Marín Ferrer, Emilio. *Atlas ilustrado de las guerras de Marruecos (1859-1926)*. Madrid: Susaeta, 2012.
- Martín Corrales, Eloy. *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica siglos XVI-XX*. Barcelona: Bellaterra, 2002.
- Martín Corrales, Eloy. “Un siglo de relaciones hispano-marroquíes en la pantalla (1896-1999)” en VV. AA.: *Memorias del cine. Melilla, Ceuta y el Norte de Marruecos*, Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma de Melilla, Melilla, 1999, pp. 9-32.
- . El cine español y las guerras de Marruecos (1896-1994), en *Hispania: Revista española de historia*, ISSN 0018-2141, Vol. 55, Nº 190, 1995, págs. 693-708

- Mola, Emilio. *Dar Akobba: páginas de sangre, de dolor y de gloria*. Madrid: Doncel, 1977 [original de 1924].
- Ortega y Gasset, José. *España invertebrada*. Madrid: Espasa-Calpe, 1972 [original de 1921].
- Pando, Juan. *Historia secreta de Annual*. Barcelona: Altaya, 2008 [original de 1999].
- Payne, Stanley G. *Los militares y la política española contemporánea*. París: Ruedo Ibérico, 1968.
- Quiroga Fernández De Soto, Alejandro. *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.
- Real Academia de la Historia [Altamira, Rafael], *Historia de España para Uso de las Escuelas Primarias. Primer Grado*. Madrid: Compañía General de Artes Gráficas, 1930.
- Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004 (original en francés de 2000).
- Sherman, Daniel J, “Art, commerce, and the production of memory in France after World War” En *Commemorations: The Politics of National Identity*, coordinado por John R. Gillis, pp. 186-211. New Jersey: Princetown University, 1994.
- Soldevilla, Fernando: *El Año político*, 1925.
- Sueiro, Susana. *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la “Cuestión Marroquí”*, 1923-1930. Madrid: UNED, 1992.
- Todorov, Tzvetan. *Memoria del mal, tentación del bien: Indagación sobre el siglo XX*, Barcelona: Península, 2002.
- Triviño Valdivia, Francisco. *Los del Tercio en Tánger*. Valencia: Artes y Letras, 1926.
- Velasco de Castro, Rocío. “De periodistas improvisados a golpistas consumados: el ideario militar africanista de la Revista de Tropas Coloniales (1924-1936)”, en *El Argonauta español*, nº 10, 2013.
- Vila San Juan, José Luis. *La vida cotidiana en España durante la dictadura de Primo de Rivera*. Barcelona: Argos Vergara, 1984.